

Los representantes, de pronto mudos de asombro y de indignación, recobraron pronto su energía. El señor Degousée logró avistarse con los alcaldes de los distritos segundo y tercero, y les mandó reunir sin demora a toda la guardia nacional de su circunscripción (1). Clemente Thomás, coronel de la segunda legión, se acercó a la mesa y anunció al presidente que iba a reunir fuerzas para hacer despejar el salón (2). El Sr. Lacrosse suplicó al coronel Charrás, ministro interino de la Guerra, que utilizara cuanto antes las tropas reunidas en los Inválidos. Otros mandaron aviso a los individuos de la Comisión ejecutiva que se habían quedado en el Luxemburgo. Algunos buscaron al general Courtais, que erraba como un loco en torno del salón de sesiones, y le suplicaron encarecidamente que obrase al fin con vigor (3). Pero la confusión que reinaba en todas partes hacía temer que la represión tardase. Clemente Thomás no logró reunir la décima legión ni la guardia móvil, y no tuvo más remedio que ir a su distrito a buscar sus hombres. El coronel Charrás, inmóvil en el banco ministerial, alegó que esperaba las órdenes del general Courtais. Pero éste, más indeciso que nunca, era cada vez menos capaz de dominar la crisis. Indudablemente el auxilio iba a llegar, si todo no estaba perdido; pero ¿llegaría a tiempo? Mientras acudía la fuerza pública, había necesidad de temporizar con la sedición, contenerla y, si era posible, apaciguarla.

Muchos representantes rogaban a sus colegas amigos de los invasores que empleasen su influencia en inclinar los ánimos a la paz. El más solicitado era Luis Blanc, que consultó a la presidencia. «Como presidente, le contestó Buchez, no debo autorizarlos a que habléis; como ciudadano, os lo suplico (4).» Entonces subió a la tribuna. ¿Tendría poder bastante para detener a los facciosos? La ilusión fué corta. Su lenguaje no justificó las esperanzas concebidas, pues acabó por proponer la lectura de la petición por los delegados del pueblo, es decir, la violación del decreto poco antes dictado por la Asamblea.

Portador de la petición y puesto en el caso de leerla, Raspail apareció a su vez. No era representante, y su presencia en la tribuna coronaba el escándalo de la invasión. A pesar de las amenazas de los clubistas que habían invadido el salón, los diputados redoblaron sus protestas. Mientras tanto, Raspail concluyó su lectura y pidió que la restitución de la nacionalidad polaca se obtuviese amistosamente o con las armas en la mano.

Los que esperaban que los amotinados, una vez presentada su petición, consentirían en retirarse, sufrieron una decepción. Perteneciendo ya a todo el mundo la tribuna, Blanqui pretendió subir a ella. Pero su rival Barbés, temiendo que Blanqui sublevase a las masas, triunfase y reinase quizá, se precipitó a la tribuna y dijo a los amotinados: «Ministeis a ejercer el derecho de petición, é hicisteis bien, porque ese derecho os perte-

(1) *Haute cour* de Bourges, declaración de Degousée, audiencia del 14 de marzo.

(2) *Haute cour* de Bourges, declaración de Clemente Thomás, audiencia de 24 de marzo.

(3) *Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 299. *Monitor* de 1848, pág. 2157.

(4) Luis Blanc, *Révolution de 1848*, tomo II, pág. 85. Sesión del 31 de mayo (*Monitor*, pág. 1231).

nece y ya nunca más os podrá ser negado. (*Aplausos entre los circunstantes.*) Ahora el deber de la Asamblea consiste en tomar en consideración la instancia que habéis presentado, y como el deseo que manifestáis es positivamente el deseo de Francia, la Asamblea tendrá que decretar lo que pedís. (*¡Sí, sí, inmediatamente!*)» Barbés concluyó suplicando a la muchedumbre que se retirase; pero su consejo se perdió en medio del ruido y las protestas.

Barbés se retiró satisfecho de haberse adelantado a Blanqui. Pero Blanqui habló a su vez, y habló de Polonia, de la matanza de Ruán, de la organización del trabajo, de la miseria del pueblo, complaciéndose en despertar todos los odios, en avivar todas las concupiscencias, en enconar todas las heridas.

Así es que el tumulto iba creciendo en vez de apaciguarse. Ledru-Rollín, cuya sonora palabra era antes tan poderosa, trató de ejercer su imperio sobre los facciosos. Su voz no fué escuchada. Raspail y algunos otros jefes de club se esforzaron en organizar una especie de desfile y hacer evacuar el salón. Pero la anarquía era tan grande, que resistía a la voz de los que la habían producido. El capitán Lavirón, de la artillería de la guardia nacional, se colocó detrás del presidente para impedir que se comunicase con sus colegas o con los secretarios. Por momentos, varios hombres de mala catadura, vestidos de blusa blanca, formaban un cordón detrás de los bancos de los representantes como para envolverlos. Los odios y las venganzas acechaban la ocasión de saciarse en medio del trastorno. Los seides de Blanqui buscaban a Taschereau, director de la *Revista retrospectiva*; Senard, odioso a la demagogia desde la represión del motín de Ruán, era igualmente señalado a los facciosos: Flocón, que procuraba restablecer el orden, les hizo escapar a los dos. Impasible en su banco, particularmente visible a causa de su hábito blanco de dominico, el Padre Lacordaire era amenazado.

Mientras tanto, en los raros momentos en que el tumulto interior dejaba distinguir los ruidos de fuera, se oía un sonido regular que alternativamente se acercaba o se alejaba en diversas direcciones. Era el toque de llamada. Las órdenes expedidas por Degousée, Clemente Thomás y la Comisión ejecutiva habían llegado al fin a su destino.

Pero antes de que triunfara el orden, la Asamblea tuvo que pasar por el círculo de todas las locuras revolucionarias. Barbés, que aquella misma mañana había anatematizado la manifestación, no pudo contenerse en presencia de los aplausos con que eran acogidas sus palabras y las de Luis Blanc y Albert con quienes acababa de recorrer el palacio. Subió de nuevo a la tribuna y dijo: «Es preciso que la Asamblea vote inmediatamente el envío de un ejército a Polonia y un impuesto de mil millones sobre los ricos, que prohíba el toque de llamada y que mande salir las tropas de París: si no, los representantes serán declarados traidores a la patria.» Estas palabras llevaron la exaltación al colmo. Como el presidente hiciera un supremo esfuerzo para la evacuación del recinto, uno de los amotinados se abalanzó contra él diciéndole: «No tienes derecho a hablar así; cállate.» Los representantes, valerosos e impasibles, asistían a un verdadero desbordamiento de

mociones insensatas o criminales. El uno pedía el ministerio del trabajo; el otro, la formación de un comité social; éste, la destitución de todos los ministros; aquél, el castigo de los que habían reprimido la insurrección de Ruán. Luis Blanc, a pesar de su resistencia, fué llevado en triunfo por los facciosos y paseado por delante de los bancos de los representantes. Durante aquellas vergonzosas escenas, se fué acercando el ruido del tambor. «¿Por qué tocan llamada?, exclamó Barbés fuera de sí. ¿Quién dió la orden de tocar llamada? Que el que la dió sea declarado traidor a la patria y puesto fuera de la ley.» Los amotinados asaltaron la mesa, y de todas partes se elevaron gritos reclamando que se diera la orden de cesar el toque de llamada. El presidente logró cambiar algunas palabras con el cuestor Degousée, quien le manifestó que podía dar contraórdenes, con la seguridad de que quedarían sin efecto, y que antes de un cuarto de hora habría llegado la guardia nacional. Buchez, apretado, escribió entonces con la mayor lentitud posible y sobre hojas de papel que le presentaban, estas simples palabras sin sello ni fecha: «No hagáis tocar llamada (1).»

Aquella concesión, inspirada en el deseo de evitar una catástrofe, pareció calmar un poco los ánimos. Por otra parte, corrió el rumor de que las tribunas cedían al peso extraordinario del gentío apiñado en ellas, y el temor de tan grave peligro suspendió un instante las iras. Pero como si los facciosos hubiesen sacado nuevas fuerzas de aquella corta tregua, el tumulto continuó más intolerable que nunca. Las mociones se perdían en medio de la gritería más espantosa. El aliento que se exhalaba de tantos pechos y la nube de polvo que se levantaba en el salón formaban un cálido y espeso vapor que corrompía y oscurecía la atmósfera. A través de aquella especie de neblina, la vista podía distinguir los bancos rotos o volcados, las banderas desgarradas colgando de las tribunas, la mesa presidencial invadida, el brillo siniestro de las armas, los representantes inmóviles y consternados, los amotinados sordos hasta a la voz de sus jefes; escena de anarquía a la cual sólo faltaba, para ser completa, el horror de la sangre derramada. El ruido del tambor, que anunciaba la próxima victoria del orden, excitó la cólera de los demagogos hasta el paroxismo. Una exhortación, una palabra, un gesto bastarían, en la exaltación de los ánimos, para determinar el último de los crímenes. Aquel momento fué el que eligió Huber para manifestar sin rodeos y en voz alta el deseo que todos los clubistas formulaban en secreto; logró encaramarse en la tribuna y lanzó al auditorio estas palabras: «¡Escuchad, ciudadanos! No se quiere tomar decisión alguna. Pues bien, yo, en nombre del pueblo engañado por sus representantes, declaro la Asamblea nacional disuelta.» Los diputados, rendidos por las fatigas y las emociones, se irguieron de pronto ante el ultraje. «¿En nombre de qué pueblo habláis?,» exclamó Fresneau. Pero el presidente era ya insultado, golpeado y derribado al suelo. Logró levantarse y salir del salón, a pesar de los facciosos que le cerraban el paso. La mayor parte de sus colegas, en la imposibilidad de oponer más larga resistencia, se deci-

dieron a imitarle. Pero por la más extraña de las contradicciones, los mismos hombres que acababan de proclamar la disolución de la Asamblea, exclamaron a porfía: «Declaremos traidores a la patria a los representantes que huyen.»

Eran las cuatro. Durante cerca de tres horas, la representación nacional había sostenido uno de los más rudos asaltos que haya sufrido Parlamento alguno. Durante aquella larga lucha con los facciosos, ni los ultrajes, ni las amenazas, ni el temor a la muerte habían podido arrancarle un solo voto contrario a su honor o al interés público. Pero cuando los diputados, desligados del deber de permanecer en su puesto por la retirada del presidente, hubieron escapado a la atmósfera febril del salón y se encontraron al aire libre en los patios o jardines del palacio, su firmeza les abandonó, como si tan largo esfuerzo hubiese agotado la energía de su alma. Buchez, en vez de ir al hotel de la Presidencia para reunir a sus colegas, corrió al Luxemburgo. Charrás marchó allí también, sin pensar que el ministerio de la guerra se hallaba a cincuenta pasos del palacio Borbón y que desde su despacho podía dar órdenes eficaces. Lamartine se hallaba casi sin fuerzas y sin voz. Dupont de l'Eure estaba medio desmayado. La mayoría, tan descorazonados como tristes, se contentaban con repetirse mutuamente: «¡Qué desgracia! La Asamblea nacional está disuelta.» Los señores Corbón y Senard, vicepresidentes, consiguieron agrupar en la Presidencia unos cuarenta diputados, pero las resoluciones propuestas prueban el trastorno de los espíritus. Este pidió que la Asamblea se reuniese en Bourges, y aquél, que fuese convocada en Metz (2). «Lo único que podemos hacer es irnos a nuestros departamentos, decía Montalembert a uno de sus amigos; allí quizá podremos defender a la sociedad amenazada (3).» Algunos representantes habían conservado toda su sangre fría. Dampierre y Kerdrel se fueron a arengar a las compañías de la guardia móvil. Remusat y Lafosse se presentaron en el cuartel del muelle de Orsay en busca del coronel Goyón, que mandaba el segundo regimiento de dragones y que, desde hacía dos horas, tenía sus hombres a caballo y prontos a marchar. Otros acudieron a la explanada de los Inválidos, donde las tropas, sin recibir órdenes, se consumían en una impaciencia más penosa que la lucha.

Lo que ocurría mientras tanto en la Asamblea no es posible describirlo. En medio de gritos insensatos, Barbés y Sobrier eran llevados en triunfo. Sobre la mesa presidencial se había colocado una bandera con un gorro frigio por remate en el asta. Se formaron y proclamaron listas de gobierno provisional. «¡Al Hotel de Ville!,» exclamó de pronto la muchedumbre. Los amotinados quisieron que les siguiera Ledru-Rollín, a quien, después de buscarlo mucho tiempo, acabaron por descubrir en uno de los salones de sección; pero él declaró que se levantaría la tapa de los sesos antes que asociarse a los facciosos. Barbés y Albert salieron de la Cámara y se dirigieron hacia la Casa de la Ciudad, como poco antes había hecho Lamartine. Con la despreocupación propia de los tiempos revolucionarios, cada cual

(1) *Haute cour* de Bourges, declaraciones de Buchez, Berthaud, Degousée, audiencias del 11 y del 14 de marzo.

(2) *Les républicains et les monarchistes*, por M. de Falloux (*Revue des Deux Mondes*, febrero de 1851, pág. 404).

(3) M. Armando de Melun, *Papiers et Mémoires inédits*.

procuraba apoderarse del puesto que más le convenía. Un insurrecto llamado Quentín, que se había distinguido por sus violencias, se fué al Luxemburgo; Sobrier, al Ministerio del Interior; Napoleón Chancel, á la Dirección de correos. Todos repetían á su manera la revolución de Febrero.

Afortunadamente para el orden social, la hora del triunfo de la insurrección había de confundirse con la hora de la represión. Apenas había salido del Palacio Borbón el cortejo que acompañaba á Barbés y Albert, cuando la fuerza pública tomó posesión del palacio legislativo. El segundo batallón de la guardia móvil penetró el primero en el salón de sesiones; casi al mismo tiempo llegó la primera legión, que el duque de Luynes había conducido hasta el salón de conferencias; la segunda legión la siguió de cerca. Los pocos amotinados que quedaban en el palacio huyeron por todas las salidas. Resonaron con energía los gritos de «¡viva la Asamblea nacional!» Por una de esas reacciones tan frecuentes en las épocas revolucionarias, la causa del orden encontró de pronto sus fanáticos. El general Courtais, que pareció en aquel momento y á quien se acusaba de traición, cuando sólo era culpable de incapacidad, se vió amenazado por los guardias nacionales que le arrancaron su cruz y su espada. Los señores Fitz-James, Vieillard y Flocón lograron á duras penas protegerlo, conduciéndole á la Biblioteca, donde quedó custodiado por varios guardias. Los representantes volvieron á entrar en tropel en el salón de sesiones. A falta de presidente y vicepresidente, el ministro de Hacienda, Sr. Duclerc, subió al sillón presidencial, hizo batir los tambores para obtener silencio, y dijo en seguida con ademán y lenguaje enérgicos: «La Asamblea nacional no está disuelta. En nombre del pueblo francés, á quien no deshonrará una minoría infima é infame, la Asamblea reanuda sus trabajos.» En medio de aclamaciones continuó la sesión.

IV

Sin embargo, la sedición aún no quedaba del todo vencida. Como hemos dicho, Barbés, Albert y sus amigos se habían dirigido hacia la Casa de la Ciudad, donde sin duda estaban á punto de llegar. Era preciso desalojarlos de aquel último asilo. Lamartine, tanto más experimentado en las revoluciones cuanto que había hecho una tres meses atrás, vió el peligro y se dispuso á conjurarlos. Volvió á la Asamblea para subir inmediatamente á la tribuna. La recuperación del palacio legislativo le había devuelto toda su tranquilidad. Dirigiéndose á los guardias nacionales que aún llenaban el salón, les dijo: «En este momento, el gobierno no está ya en el consejo, sino al frente de vosotros, en la calle, en el propio campo del combate.» Estas palabras fueron acogidas con los gritos de: «¡Al Hotel de Ville!» Lamartine salió acompañado de Ledru-Rollín. Les servían de escolta un batallón de guardia móvil y un batallón de la segunda legión de la guardia nacional. El general Foucher, que se había adelantado con fuertes destacamentos de guardia nacional y dos escuadrones del segundo regimiento de dragones, les servía de vanguardia. Todos marcharon hacia el Hotel de Ville. Por un capricho de la suerte, encontráronse á su lado dos

representantes de la derecha, deseosos de reivindicar su parte de peligro en aquellos momentos de lucha. El uno era el Sr. de Morny, uno de los más valerosos amigos de la duquesa de Orleans; y el otro el Sr. de Falloux, ya conocido por su valor, decisión y firmeza.

Al salir de la Asamblea, Barbés y Albert habían seguido distinto camino: el primero por la margen derecha y el segundo por la izquierda del Sena, para reunirse en el muelle Pelletier. Sus columnas reunidas formaban un conjunto de dos ó tres mil hombres, entre clubistas, obreros y guardias nacionales. Se habían adelantado agitando sus pendones y anunciando á gritos la disolución. La novena legión, que guardaba la entrada de la plaza de Greve, los había dejado pasar: «Yo no tenía órdenes, dijo más tarde el coronel de dicha legión, y me acordé de Bailly que hizo tirar contra el pueblo, y que, dos ó tres años después, fué perseguido y condenado por ello (1).» De este modo habían llegado los facciosos al Hotel de Ville.

La Casa de la Ciudad estaba defendida por algunos centenares de guardias republicanos. El alcalde, señor Marrast, había mandado á llamar al coronel Rey, comandante del palacio: «¿Estáis seguro de vuestros hombres?, le había preguntado.—Cierto, y si vienen los amotinados, les recibiremos militarmente (2).» Sin embargo, Rey era amigo de Barbés. La mayor parte de los guardias republicanos, reunidos en un patio interior, hacían tranquilamente ejercicio, sin haber recibido orden alguna. Sólo unos cincuenta hombres guardaban la entrada. Barbés llegó seguido de su columna, y á través de la reja, entablóse un extraño coloquio entre Rey y él: «Por favor, Rey, déjame entrar.—No puedo; tengo un deber que cumplir (3).» La reja fué escalada: Barbés dió un apretón de mano á Rey, y penetrando con sus amigos en el ala derecha del edificio, llegó, de pieza en pieza, hasta un gran salón en que se instaló... ¡Cosa extraña y que es una de las sorpresas de las revoluciones! Al mismo tiempo que Barbés tomaba posesión del ala derecha del Hotel de Ville para crear allí un nuevo gobierno, Marrast, retirado en el ala izquierda con sus tenientes de alcalde y algunos defensores, llenaba los deberes de su cargo; y los representantes de aquellos dos poderes rivales coexistían sin atacarse ni combatirse. Los amigos de Barbés y de Albert arrojaron por las ventanas, á la muchedumbre aglomerada en la plaza, listas de gobierno que circularon de mano en mano y que habían de ser recogidas más tarde por los coleccionistas de documentos curiosos. Dichos señores redactaron un manifiesto para anunciar, como decían, la *voluntad del pueblo*. Extendieron además un decreto para intimar á los gobiernos ruso y alemán la orden de reconstituir la Polonia, y declararles la guerra si no ejecutaban en seguida el mandato. La historia, en tiempos de revolución, es con frecuencia una tragicomedia.

Apresurémonos á decirlo; aquel reinado fué el más corto de todos los que vió nuestro siglo, tan fecundo, sin embargo, en dominaciones efímeras. Apenas se habían

(1) *Haute cour* de Bourges, declaración de Jautier, audiencia del 13 de marzo de 1849.

(2) *Haute cour* de Bourges, declaración de Marrast, audiencia del 19 de marzo.

(3) *Haute cour* de Bourges, declaración de Guyón, audiencia del 13 de marzo.

redactado los decretos, cuando desembocó en la plaza el general Foucher, acompañado de sus dragones y de los guardias nacionales adictos. Lamartine y Ledru-Rollín seguían de cerca. Un capitán de artillería, acompañado de algunos hombres, penetró hasta el salón en que se hallaba Barbés: «¿Quién sois?, le preguntó.— Miembro del gobierno provisional.—¿Del de ayer ó del de hoy?—Del de hoy.—En este caso, daos preso (1).» Iban á dejar á Albert en libertad, y éste protestó: «Si Barbés es culpable, yo lo soy también...» (2). Los facciosos, poco antes aclamados, fueron entonces perseguidos con gritos de muerte; y aquellos gritos fueron pronto tan amenazadores, que se esperó á la noche para llevar á Barbés y á Albert al fuerte de Vincennes.

Casi al mismo tiempo, todos los autores de aquella jornada eran presos ó obligados á ocultarse. Sobrier, que se había dirigido hacia el Ministerio del Interior y que, como conspirador más fogoso que peligroso, se había contentado con llevarse los sellos, fué preso en el muelle de Orsay. Quentín, que había ido al Luxemburgo, se había encontrado en presencia de Arago: «Vengo á reemplazaros,» le dijo. Arago le contestó, agarrándole por el cuello: «Ínterin me reemplazáis, voy á daros un puesto en la cárcel...» (3). Huber, preso, y suelto después, logró escapar. Napoleón Chancel y Lavirón tuvieron la misma suerte. Raspail y Blanqui, al salir de la Asamblea, se habían acercado al Hotel de Ville, dispuestos á desaprobar la sedición ó á mezclarse con ella, según la marcha de los acontecimientos: el primero fué preso aquella misma tarde, y el segundo quince días después, lo mismo que su acólito Flotte. Todos aquellos personajes, que el capricho de la suerte hizo un instante célebres, iban á entrar de nuevo en la obscuridad. Sólo volveremos á encontrarles ante la justicia.

V

Eran las siete de la tarde cuando Lamartine y Ledru-Rollín volvieron al Palacio Borbón.

La Asamblea se había declarado en sesión permanente. A la satisfacción de verse libre se había unido pronto el apasionado deseo de la represión: el Sr. de Charançay había propuesto ya una información; el señor Degousée había reclamado la reorganización del Estado mayor de la guardia nacional y de la prefectura de policía; el Sr. Foucher había pedido ya el procesamiento de Barbés y de Courtais. Temblando todavía de emoción, los representantes hablaban de los incidentes del día, y en sus palabras se revelaba no solamente la ira contra los invasores, sino que también la irritación contra la Comisión ejecutiva que no había evitado la invasión. «¿Por qué aquella larga inacción? ¿Por qué aquellas órdenes ineficaces? ¿Por qué aquellos funcionarios ineptos ó cómplices? La imprevisión, cuando pasa ciertos límites, ¿no es criminal?» En vano Flocón, uno de los ministros, trató de aplacar su cólera;

(1) *Haute cour* de Bourges, declaración de Pichenal, audiencia del 15 de marzo de 1849.

(2) *Haute cour* de Bourges, declaración de Vandenberghe, audiencia del 16 de marzo de 1849.

(3) *Enquête parlementaire*, tomo I, pág. 226.

fué interrumpido, y los esfuerzos que aquel mismo día había hecho por la causa del orden no le preservaron de los murmullos. El presidente Buchez confirió al general Baraguey d' Hilliers el mando de las fuerzas que rodeaban la Cámara. Se autorizó el procesamiento contra los representantes Barbés, Courtais y Albert. Y aquella enérgica reprobación del desorden no se manifestó solamente en el seno de la representación nacional. Como anocheaba en aquel momento, las casas de París eran iluminadas para celebrar la paz pública reconquistada. Los guardias nacionales recorrían las calles gritando como el 16 de abril: «¡Abajo los comunistas!» Cerraron el club Blanqui; invadieron el club de los Derechos del hombre; practicaron un registro en casa de Sobrier y se apoderaron de los proyectos de decreto de que hemos hablado. La Asamblea recibía con júbilo aquellos indicios de la opinión pública y se complacía en ver en ellos un homenaje rendido á su propia soberanía.

En esto vino un incidente á marcar todavía mejor el estado de los espíritus. Luis Blanc, acusado de complicidad con los facciosos y que con sus discursos había dado cierta verosimilitud á la acusación, fué atacado y amenazado de muerte por los guardias nacionales en los pasillos del Palacio Borbón, en el momento de volver á la Asamblea. El general Duvivier y los señores de Adelswaerd y La Rochejacquelein se precipitaron entre él y sus agresores, logrando arrancarlo de sus manos. Al penetrar en el salón de sesiones, fué acogido por una terrible explosión de murmullos. Valor ó jactancia, preocupación de su honor ó impudencia, Luis Blanc quiso hablar. Las interrupciones cubrieron largo tiempo su voz: «Ciudadanos, dijo, es vuestro derecho, vuestra libertad, vuestra dignidad que vengo á defender en mi persona... Lo que afirmo por mi honor es que yo ignoraba lo que había de pasar hoy en la Asamblea.— ¡Qué había de ignorar!» exclamaron los representantes. De todas partes le lanzaron interpelaciones injuriosas: «Nunca habéis tenido corazón... Sois un cobarde... Bajad de la tribuna.» Exasperado por aquellas violencias, Luis Blanc continuó en términos más propios para irritar que para calmar al auditorio. Aunque rechazando toda complicidad con los invasores, protestó de su comunidad de sentimientos con el pueblo; trató de justificar á Barbés, y bajó de la tribuna en medio de los más furiosos clamores.

La Asamblea, en aquellos lamentables incidentes, perdía algo de su dignidad. Pero sus mismas iras atestiguaban su energía y voluntad. Los miembros de la Comisión ejecutiva comprendieron que, so pena de perecer, tenían que ceder á las exigencias de la representación nacional. Al salir de la sesión parlamentaria, que se levantó á las nueve y media de la noche, se reunieron en consejo. El coronel Clemente Tomás había sido llamado ya á reemplazar al general Courtais en el mando de la guardia nacional. El general Tempoure, que se había dejado encerrar durante la invasión en una de las tribunas de la Asamblea, fué destituido de sus funciones de comandante de la guardia móvil y reemplazado por el general Bedeau. La dimisión del señor Guinard, jefe de Estado mayor de la guardia nacional, fué aceptada. El Sr. Saisset, subjefe de Estado mayor, fué destituido. Ocupáronse, en fin, de la prefectura

de policía, cuya reforma reclamaban todos los hombres de orden.

Por acostumbrados que estuvieran á la duplicidad de Caussidière, su conducta, durante aquellos últimos días, había asombrado á todos. Ni el 14 ni el 15 de mayo había contestado á las convocatorias de la Comisión ejecutiva y, so pretexto de una luxación de la rodilla, había permanecido encerrado en su casa. Aquella misma mañana, trescientos de sus *Montañeses* habían anunciado el propósito de adherirse á la manifestación. Durante el día, los cargadores del Mercado habían sido convocados en la Prefectura (1). Rodeado de sus hombres, aunque impenetrable para todos, Caussidière se había atrincherado en una neutralidad armada que le permitía, según las circunstancias, desautorizar la derrota ó aprovecharse de la victoria. Los insurrectos contaban tanto con él que Barbés, en su manifiesto del Hotel de Ville, le había mantenido en su puesto. A la noticia de la invasión de la Cámara, los gritos de «¡viva Barbés!» habían retronado en las filas de los *Montañeses*. Por la tarde, aquellas disposiciones no se habían modificado; pues si hemos de dar crédito á los últimos informes, los guardias nacionales que conducían prisioneros á la Prefectura fueron silbados é insultados; en cambio, los prisioneros fueron ovacionados, armados de fusiles y puestos en libertad (2).

La Comisión ejecutiva no podía tolerar semejante escándalo; si lo hubiese soportado, la Asamblea se hubiera mostrado sin duda menos paciente. Por desgracia, el prefecto de policía era el funcionario más difícil de destituir. Entre Caussidière, que no quería partir, y la Comisión ejecutiva, que le quería echar, se entabló una lucha que, en verdad, duró poco, pero que pinta mejor que todo lo demás la astucia algo grosera del uno y la imprevisora debilidad de la otra.

A las once de la noche, Caussidière fué llamado al Luxemburgo. Sus amigos, temiendo un lazo, se opusieron á que fuese. El rechazó sus consejos y partió acompañado de una escolta. Al llegar se enteró de que el subjefe de Estado mayor de la guardia nacional, señor Saisset, acababa de ser destituido y preso. Sin embargo, él no se desconcertó. Con los débiles, la insolencia es lo que mejor resultado da. Caussidière, como hombre listo, se mostró insolente. En vez de defenderse atacó. Aquella osadía surtió efecto. Oyéndole ponderar sus servicios, censurar la alcaldía de París, acusar de indiferencia al poder, los miembros del gobierno fueron confundidos y desarmados. A pesar del parecer de Marie y de Arago, Caussidière no fué preso ni destituido, sino que hasta parece que le dejaron entrever la posibilidad de su continuación en la prefectura (3). De regreso libremente á su despacho, donde esperaban no volverle á ver, se apresuró á redactar un manifiesto en que, con una impudencia raramente igualada, se atribuía su puesto entre los victoriosos: «Ciudadanos, decía, el magistrado más especialmente encargado de velar por la policía de la capital ha cumplido con su deber. Os responde de la seguridad de vuestros hogares y de vuestras familias. Su acción pasaba inadvertida á

(1) *Enquête parlementaire*, tomo I, págs. 176, 180 y 267.

(2) *Enquête parlementaire*, págs. 166-169.

(3) Caussidière, *Memorias*, tomo II, pág. 140. Sesión de 16 de mayo, discurso de Garnier-Pagès.

través de esos grandes movimientos; pero no ha cesado de ejercerse. El principio republicano no permitía medidas preventivas; pero el deber de un gobierno le impone todas las medidas represivas autorizadas por la ley. La ley bastará para todas las eventualidades... Unión, confianza, orden, abnegación: tales son nuestros deberes; contad conmigo como yo cuento con vosotros. Estabais conmigo en las barricadas de la libertad; yo estaré con vosotros en las barricadas del orden.» El 16, por la mañana, este manifiesto fué fijado en las esquinas de París.

Caussidière llevó más allá su audacia. Poco antes de las doce, como hombre bien curado de su indisposición de la víspera, se presentó en la Asamblea. Parecía que había de encontrar allí la malevolencia de la mayoría; además, era novicio en la tribuna. Subió á ella, sin embargo, y, á pesar de su inexperiencia, ó quizá á causa de su inexperiencia misma, se hizo escuchar. Su lenguaje pintoresco, lleno de novedad y de una afectada naturalidad bonachona, cautivó al auditorio como ciertos manjares extraños halagan á los paladares estragados. Todo le favoreció, hasta las originalidades de su palabra enteramente inacostumbrada á los usos parlamentarios. Con su aplomo ordinario hizo su propia apología; rindió tributo á su *buen sentido práctico*. «He querido hacer, dijo, una policía de conciliación... Si hubiese querido escuchar las denuncias de todos, medio París hubiera hecho prender al otro.» Recordó haber reclamado un auto de prisión contra Blanqui, que le concedieron para retirárselo después. La Asamblea, que el día antes había insultado á Luis Blanc, le escuchaba con una paciencia rayana del favor. Un poco más é iba á salir victorioso de la lucha. Pero los señores Baroche y Bonjean, vivamente sostenidos por la derecha, habían reclamado, en nombre del partido del orden, una satisfacción necesaria, y no se había borrado la impresión de sus discursos. El Sr. Portalís volvió á la carga, y, con la autoridad que le daban sus funciones de procurador general, denunció á los subordinados de Caussidière: «Los hombres que hay en el Palacio de Justicia no llevan el uniforme de ningún cuerpo conocido y declarado. Esta misma mañana he visto hombres que llevaban el gorro encarnado, el gorro frigio... Por mi parte, no tengo confianza en la prefectura de policía. Ha sido preso un hombre, un tal Flotte; ha sido preso en el Hotel de Ville en flagrante delito de crimen; conducido á la Prefectura de policía, le han puesto allí en libertad. Varios hombres que manifestaban ideas comunistas han sido detenidos por la guardia nacional y conducidos también á la Prefectura de policía, y allí han sido puestos en libertad también. En cambio, los que los conducían han sido presos.»

Estos hechos, denunciados con tanta precisión, impresionaron á la Asamblea. Se supo además que la guardia nacional y la tropa de línea cercaban la Prefectura de policía. A esta última noticia, Caussidière comprendió que la prudencia le obligaba á ceder á la suerte. Aún entonces, merced á una suprema iniciativa, logró salvar la dignidad de su retirada. Subió á la tribuna y espontáneamente hizo renuncia del cargo. La Comisión ejecutiva tuvo que contentarse con admitir la dimisión del agente que quería prender ó al menos destituir. Su debilidad se revelaba hasta á través de su

afectación de firmeza. El cuerpo de los Montañeses, el de los Lyoneses y todos los demás por el estilo fueron disueltos. Un decreto dispuso la reorganización de la guardia republicana. Este resultado era considerable, pues no se podía dar mejor garantía á la seguridad pública que desarmando á los que, desde hacía tres meses, estaban encargados de mantenerla.

La caída de Caussidière es el último epílogo del atentado del 15 de mayo, epílogo semi serio, semi cómico, como su protagonista.—Sobre este atentado sólo añadiremos una palabra. Fué más bien una explosión de las pasiones demagógicas que el resultado de un verdadero complot. En cuanto á sus consecuencias, tuvo dos que, á primera vista, parecen contradictorias. La primera consistió en debilitar á las facciones: desde el 15 de mayo, Barbés, Blanqui, Raspail, Sobrier, y Albert están presos; Caussidière abandona su temible puesto; Luis Blanc, ínterin llega para él el ostracismo,

queda para siempre desacreditado. La segunda consecuencia consistió en debilitar al mismo tiempo á la autoridad, ya tan débil; la Asamblea nacional, mal servida por la Comisión ejecutiva, le retira cada vez más su confianza; y el país, más severo todavía, empieza á abandonar á la propia Asamblea que, llamada á constituir un gobierno, lo ha escogido tan imprevisor y tan inepto.

En resumen, si el motín perdió á sus jefes, el poder, no menos rudamente herido, perdió el prestigio que le quedaba. Por esto el espíritu de reacción saludable que se manifestó entonces fué, á pesar de algunos actos de firmeza, ineficaz é impotente. Para volver á un orden algo estable, será menester una mano más vigorosa; será menester sobre todo ¡ay! la terrible prueba de la guerra civil. Es ley inexorable de la historia que la sangre de los pueblos es el rescate de sus faltas y de sus locuras.